

EL BARÓN DESNUDO

Sally MacKenzie



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Naked Baron
Traducción: Carla Crespo Usó

© 2009 Sally MacKenzie. Reservados todos los derechos.
© 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
© 2010 por la traducción Carla Crespo Usó. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Febrero 2010

ISBN: 978-84-92688-95-1

Depósito Legal: M-1738-2010

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Valery
www.valery.es

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

CAPÍTULO 1

Lady Grace Belmont cruzó las amplias puertas que daban entrada al salón de baile del duque de Alvord.

«Dios santo».

Se quedó helada. Centenares de velas iluminaban cientos de rostros y casi podría jurar que cada una de aquellas caras se había girado a mirarla. Hombres ataviados con sobretodos negros hechos a medida y pañuelos de cuello blancos como la nieve elevaron sus burbujeantes copas. Las mujeres, que iban perfectamente ataviadas con sus trajes de fiesta y sus bamboleantes plumas, se ocultaban tras sus abanicos y reían y susurraban disimuladamente.

Dios santo. No podría escapar lo suficientemente rápido... Bueno, la realidad era que no podía escapar. Un grupito de ancianas señoras bloqueaba las escaleras.

«Maldita sea». Grace tragó saliva y apretó las manos. Trató de respirar hondo, pero el aire era demasiado espeso a causa del aroma de la cera de las velas, del olor a perfume y del hedor a cuerpos que no se lavaban con frecuencia. Empezó a ver puntitos negros. ¿Acaso iba a desmayarse? Eso sería un espectáculo aún más entretenido para los invitados del duque. Allí estaba la amazona de Devon, de un metro ochenta de altura y setenta kilos de peso, desplomándose de golpe —un golpe muy pesado— sobre el salón de baile. Qué encantadora

SALLY MACKENZIE

manera de empezar su primera (y última) temporada de bailes en Londres.

—¿No te parece espléndido?

—¿El qué? —Grace miró a su pequeña, etérea y hermosa tía, lady Oxbury.

—La sala de baile, los invitados... ¿No te parece espléndido? —La tía Kate resplandecía de la emoción—. Me recuerda a cuando me presenté en sociedad. La sala está prácticamente igual, pero en aquel entonces los caballeros llevaban terciopelo y encajes, por supuesto. Iban tan coloridos como las mujeres, o quizás más. —Suspiró y sonrió melancólicamente—. Aquello me hechizó.

¿Hechizarla? Aquélla no era una de las emociones que se le pasaban a Grace por la cabeza en aquel instante. Sentía náuseas, aunque no puede decirse que las náuseas sean una emoción. Sentía terror, mortificación, vergüenza, enfado... Sentía una gran variedad de emociones pero el encantamiento no era una de ellas. Ni siquiera lo percibía ligeramente.

—Sólo tenías diecisiete años —dijo Grace— y eras un encanto. Yo ya tengo veinticinco y soy corpulenta.

—¡Grace! —La tía Kate frunció el ceño al mirarla—. No digas eso, yo creo que eres regia en todo caso.

—Regia. —¡Grace detestaba aquella palabra! Mujeres diminutas como su tía, mujeres que la hacían sentir como una mujer Gargantúa simplemente estando de pie junto a ellas, la empleaban de manera amable. Pero a menos que una fuera de linaje real, regia simplemente era un sinónimo de corpulenta.

—Sí, regia. Y bastante atractiva. ¿No ves que todos los caballeros te admiran?

Ciertamente estaban admirando unas partes concretas de su cuerpo.

—Me están observando, tía Kate. Eso es algo completamente distinto.

—Bobadas. Todos están anonadados con tu belleza. —La tía Kate sonrió pero la comisura de sus labios amenaza-

ba con dejar de hacerlo—. Sin embargo, si sigues gruñendo de ese modo los ahuyentarás a todos.

«Más quisiera».

—Tía, ¿acaso no ves hacia dónde se dirigen todas esas miradas? Esos hombres no están estudiando mi expresión, están mirando mis pe...

—¡Grace! —Su tía se abanicó y miró rápidamente a ambos lados—. Cuidado con lo que dices, ya no estás en Standen...

No, ya no estaba en Standen, ¿verdad? Y todo era culpa suya. Si hubiera mantenido la boquita cerrada cuando su tía llegó y propuso esa descerebrada excursión ahora estaría en casa, acurrucada en la sala de dibujo con un buen libro en las manos escuchando a papá hablar de la rotación de cultivos y los sistemas de drenaje.

Aquel pensamiento no le proporcionó la sensación de bienestar que ella esperaba.

Suspiró. Por supuesto que no. La vida en Standen había sido agradable mientras papá la había ignorado. Sin embargo, ahora... en el último año se había obsesionado con la idea de que tenía que casarse.

Las ancianas señoras habían conseguido bajar el primer escalón y ahora luchaban con el segundo. ¿Iba a llevarles toda la tarde llegar hasta el salón de baile? Grace se tragó el enfado. Si tan sólo hubiera hecho lo mismo en Standen cuando su padre se había mofado una y otra vez del ridículo que haría si acudiera a los actos de la temporada... No lo hizo. Le había dado rienda suelta a su genio y con ello había perdido toda la cordura.

Suspiró impaciente y miró de nuevo a su tía.

La tía Kate la miró exasperada, como si desease estrangularla con sus elegantes dedos.

—Te estás ofuscando por nada, Grace. ¿Acaso no te diste cuenta al entrar de que la señorita Hamilton era casi tan alta como tú? Y estoy segura de que otras damas aquí presentes también están... ejem... —La tía Kate se sonrojó y tosió leve-

SALLY MACKENZIE

mente—. Bueno, bien dotadas. —Dio un golpecito sobre el hombro de Grace—. Tu padre es idiota. Habrá multitud de caballeros dispuestos a cortejarte.

Eso era bastante improbable, pero no había necesidad de discutir el asunto.

—Ya sabes que no estoy aquí para encontrar marido, ¿verdad, tía? Papá ya lo ha organizado todo para que contraiga matrimonio con el señor Parker-Roth. Solamente he venido para asistir a un par de fiestas y poder ver Londres. —«Y para disfrutar de mis últimos momentos de libertad antes de entregarle mi vida a John».

—Pero, Grace, ¿realmente quieres casarse con ese vecino?

—Eh... —No quería, pero ya se había resignado a su suerte. No podía vivir en Standen para siempre y casarse por amor era un cuento de hadas reservado para las novelas de Minerva Press—. Estoy satisfecha con la elección de papá. Después de todo, ¿no fue él quien eligió a Oxbury para ti? Y has tenido veinte años de amor marital.

La cara de la tía Kate adquirió una expresión de lo más extraña, casi como si hubiera dado un bocado de grano estofado y no supiera si tragárselo o no.

—Ah... eh... sí. —La tía Kate se aclaró la garganta—. Pero quizás desearías... quizás desees de verdad mirar a tu alrededor, Grace. Puede que el señor Parker-Roth sea un buen partido, pero al menos deberías ver qué más hay en el mercado. Al menos yo tuve una breve temporada.

—Bueno...

—No puedes volver a casa como un perro apaleado con el rabo entre las piernas y darle a tu padre el placer de decir que ya te lo dije.

—Cierto. —Aquella era su única oportunidad de ver Londres. Debería disfrutar de la experiencia. Pensaría en el género masculino como otro punto de interés turístico de la ciudad, como el puente de Londres o la abadía de Westminster—. Supongo que no hay nada malo en mirar.

EL BARÓN DESNUDO

—Exacto. —La tía Kate sonrió—. Y hay tanto que ver... —Hizo un gracioso y pequeño gesto como mostrándole el salón de baile—. Toda la sociedad a tus pies.

—Pero solamente hasta que estas ancianitas avancen al fin y podamos bajar y unirnos a ellos. —Había una pequeña esperanza: las señoras habían llegado al último escalón.

La sonrisa de Kate se ensanchó.

—Efectivamente. Así que hay que observar la escena. Veo una gran cantidad de caballeros altos, ¿tú no?

—Puede. —Sí parecía haber uno o dos hombres más altos de lo normal, aunque desde aquella zona era difícil asegurarlo.

—¿Puede? Por supuesto que los hay. Mira a aquel hombre que está junto al ficus. O a aquel que está junto a la ventana. O a aquellos dos caballeros junto a... junto a... oh, Dios mío. —Tía Kate se quedó tan pálida como una sábana y agarró a Grace tan fuerte del brazo que le dejó la marca de las uñas.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Tía Kate estaba mirando a dos hombres que estaban junto a un grupo de palmeras plantadas en macetas. Uno de ellos era alto y de cabello oscuro, aunque empezaba a tener canas en las sienes. Tenía aspecto distinguido y no veía qué podía haber alarmado a su tía. ¿Cuál sería el problema con...?

La mirada de Grace se dirigió a su compañero.

Oh.

Su corazón empezó a palpitar y sintió que se acaloraba. Por un instante casi se olvidó de respirar.

Ese caballero era aún más alto y tendría unos doce años menos. Su sobretodo negro se ajustaba perfectamente a sus increíblemente anchos hombros y su cabello, rubio oscuro y ligeramente más largo de lo que estaba de moda, estaba peinado hacia atrás. Tenía unos ojos profundos, unos pómulos pronunciados, una nariz recta, una boca firme... y, ¿un hoyuelo en la barbilla?

SALLY MACKENZIE

La estaba mirando, pero no del modo repugnante en el que la estaban mirando el resto de hombres. Oh, no. Sus ojos se encontraron con los suyos y sintió una sacudida. El sentimiento le bajó hasta el estómago.

¿Qué le pasaba? ¿Puede que el aire lleno de hollín le estuviera sentando mal? Nunca antes había sentido esa sensación de calor, de pesadez...

Se sonrojó. ¿Se habría percatado él?

Pareció esbozar una media sonrisa. Sí se había percatado.

La tía Kate le clavó más las uñas en el brazo y le habló con voz ligeramente ahogada.

—Yo... yo necesito ir al lavabo de mujeres —dijo—. ¡Ahora!

—Demonios, esta sala está abarrotada. —David Wilton, el barón Dawson, cogió dos copas de champán de un criado que pasaba por allí y se retiró de nuevo al tranquilo rincón que había encontrado junto a unas palmeras en macetas—. Casi no puedo ni respirar ni escucharme a mí mismo de tanta gente que hay aquí.

—Bienvenido a Londres y a las aglomeraciones. —Su tío le quitó uno de los vasos de las manos y dio un buen trago—. Ahora ya sabes por qué aborrezco este lugar. Aunque es cierto que quizás está más atestado de lo normal. Parece ser que todo el mundo está aquí para ver a la invitada americana de Alvord. Y para ver cuáles son las reacciones de su primo ante ella.

David gruñó y dio un sorbo de champán. ¡Cotilleos! Londres era tan malo como el campo, o aún peor. Era su primera visita a Londres durante la temporada y, si por él fuera, sería la última. No estaría allí si no necesitase una esposa. Pero la necesitaba, y no podía elegir a ninguna mujer del campo. Había crecido con todas las mujeres que vivían por los

EL BARÓN DESNUDO

alrededores de su finca y no era capaz de sentir ni el más mínimo ápice de deseo por ninguna de ellas.

Observó a las coloradas debutantes vestidas con sus virginales vestidos blancos. ¡Arg! Menuda colección de gansas tontas y jóvenes.

—¿Ves algo... quiero decir, alguien, que te guste sobrino?

—No —dijo, tratando de que no se le notase el enfado en la voz—. Al menos aún no. Pero acabamos de llegar. Quizá las damas más atractivas (y más maduras) aún no hayan hecho su aparición. —Más valía que aquellas jovencitas nerviosas no fuera todo lo que la sociedad londinense le iba a ofrecer durante aquella temporada. No tenía toda la eternidad. Sí, sólo tenía treinta y un años y sólo había sido barón a lo largo del último, pero la vida era frágil y la muerte demasiado inesperada. Conocía sus responsabilidades. Necesitaba un heredero.

Hasta su endiablado padre se había ocupado de eso antes de partirse la crisma con una roca.

—¿Qué hay de aquella muchacha? Sería una visión agradable a la hora del desayuno o entre las sábanas...

David miró a la joven en cuestión: una rubia vestida con una falda carmesí y un corpiño diminuto. La chica se percató de las miradas y se abanicó.

—No lo creo. —La chica era demasiado delgada y pequeña para su gusto—. ¿Crees que a la modista se le acabó la tela antes de terminarle el vestido?

—Puede. —La voz del tío Alex tenía un tono desvergonzado.

David frunció el ceño.

—Esa muchacha podría ser tu hija.

Alex apretó los labios y en sus ojos se podía ver... ¿dolor?, ¿pena? Fuera lo que fuese, desapareció con rapidez. David no estaba seguro de haber visto algo que no fuera la sombra de las velas.

—Un hombre puede mirar, ¿no es así? —dijo Alex levantando las cejas en gesto lascivo—. ¿Admirar la belleza en todas sus manifestaciones?

SALLY MACKENZIE

—Sí, especialmente cuando la joven en cuestión tiene dos manifestaciones encantadoras que se le salen del vestido.

—Sí, especialmente en esos casos.

David rió.

—Compórtate, tío.

Alex frunció el ceño.

—Estoy más que harto de comportarme. Hacía veinte años que no venía a la ciudad, así que si decido celebrarlo con un poco de mal comportamiento, ¿a quién podría importarle?

—Estoy seguro de que no deseas obtener la reputación que tenía mi padre. —David deseó que la alarma que sentía no se transmitiese en su voz.

—Puede que lo desee. La vida de Luke fue corta pero intensa. Sabía lo que quería, y lo tomaba.

—Pero...

—¡Señor Wilton! ¡Oh, señor Wilton! ¿Es usted de verdad?

—¿Qué? —Ambos se giraron. Una anciana señora de cabello cardado y empolvado que se apoyaba en un bastón se acercaba a ellos tan rápido como podía.

—Oh, Dios —murmuró Alex—. Lady Leighton. Pensé que ya la habrían enterrado.

David rió.

—Pues parece que está vivita y coleando y encantada de verte.

—Dios sabe el porqué.

Lady Leighton agarró a Alex del brazo en cuanto se acercó lo suficiente.

—Ya era hora de que regresase a la ciudad, señor Wilton. Ha pasado tanto tiempo que casi ni le reconozco.

—Ah.

David transformó su risa en tos. Al parecer, el pobre tío Alex se había quedado sin palabras ante el entusiasmo de lady Leighton.

La mujer frunció el ceño y le soltó el brazo para darle una palmadita.

—Debo decirle que sentí mucho lo del fallecimiento de sus padres.

Alex tensó la cara. Diablos. Esta vez David sí estuvo seguro de ver esa mirada triste y dolorida que le era tan familiar en los ojos de su tío. ¿Cuándo se daría cuenta Alex de que él no era el culpable de la muerte del abuelo y de la abuela?

David se aclaró la garganta.

Lady Leighton se giró hacia él.

—¿Y quién es este joven? —Levantó la mano mientras David abría la boca para responder—. No, no me lo diga. El parecido es demasiado grande. Lord Dawson, ¿no es así?

Demonios. ¿Es que todo el mundo iba a encontrar el parecido con su padre? No había caído en la cuenta de que aquello sucedería cuando había hecho una lista mental de los motivos por los que no debía acudir a la ciudad. Inclino la cabeza con tan poco entusiasmo como le fue posible. Puede que así la mujer pillase la indirecta y dejase el asunto.

No tuvo esa suerte. Lady Leighton dio un pisotón en el suelo.

—Justo lo que pensaba. El hijo de Luke. ¿No le dice todo el mundo cuánto se parece a su padre, milord?

Se le revolvió el estómago. «Gracias a Dios, no».

—Me han dicho que nos parecemos físicamente. —Toda su vida había tratado de asegurar que sólo se parecía a él en aquel aspecto.

—Ah —asintió la señora—. ¿No es usted un conquistador, eh? Bueno, a pesar de todas sus faltas, Luke Wilton era encantador. —Sacudió la cabeza y una gran cantidad de polvo le cayó del pelo al pecho—. Fue una tragedia absurda. —Miró de nuevo a Alex—. Y también fue una tragedia que Standen insistiera en ponerle la zancadilla a usted tantos años después, señor Wilton. Espero que esta visita a la ciudad signifique que ya ha superado la desilusión. No es tarde para que encuentre a una chica agradable y tenga hijos, ¿sabe? No puede tener usted mucho más de cuarenta años.

SALLY MACKENZIE

—Ah. Esto...

Ella le dio una palmadita de nuevo.

—Es hora de que siga con su vida, señor mío. Olvide el pasado. Alguna mujer le querrá, ya lo verá. —Se giró hacia David—. Imagino, milord, que usted también ha venido a Londres para comprar en el mercado del matrimonio, ¿no es verdad? Muy bien. Me agradan los hombres que conocen sus obligaciones y se centran en cumplirlas. —Rió—. ¿Debería apostar quién de los dos será el primero en tener un heredero?

—Bueno... —Era el turno de David de quedarse sin palabras.

—No hace falta que les diga... —dijo.

Él y Alex negaron con la cabeza.

—Pero... —Gracias a Dios lady Leighton se calló y saludó a alguien con la mano—. Oh, allí está la señora Fallwell. Debo decirle algo importante. ¿No les importa que salga corriendo, verdad?

—No, por favor —dijo Alex.

—No deje que la entretengamos —dijo David.

—Muy bien. —Lady Leighton les dio un apretón a cada uno—. Buena suerte con las damas, mis queridos amigos —dijo antes de alejarse tambaleándose hasta la señora Fallwell.

—Gracias a Dios. —Se miraron el uno al otro y rieron.

—Nunca pensé que estaría tan agradecido de contar con la presencia de la señora Fallwell en este planeta. —Alex dio otro buen sorbo de champán—. Es una parlanchina de primera, ¿sabes?

—Hmm. —David estudió a su tío—. ¿A qué se refería lady Leighton con lo de la desilusión? ¿Y qué es eso de que Standen te pusiera la zancadilla?

A Alex se le encendieron las orejas.

—No tengo ni idea. —Se bebió lo que le quedaba de champán de golpe y cogió otra copa de un criado que pasaba junto a ellos.

EL BARÓN DESNUDO

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—No se me ocurre nada —respondió Alex mirando la copa de champán.

¿Por qué su tío no le miraba a los ojos?

—Lady Leighton parecía bastante... ¡maldición!

—¿Maldición? —Eso hizo que Alex levantase la vista.

—Sí. Las gemelas Addison están aquí. —David echó un vistazo a su alrededor, buscando un lugar en el que esconderse.

Alex dio un silbido.

—Vaya, vaya. Así que te han seguido hasta Londres. Impresionante. —Rió—. Yo diría que una de las señoritas Addison quiere comprarse un barón.

—No será este barón. —Puede que las palmeras le ocultasen, y el espléndido pilar que había junto a ellas también.

—Yo no estaría tan seguro. Debes tener cuidado si no quieres acabar atrapado en la ratonera.

David ni siquiera se molestó en contestar, puesto que estaba demasiado ocupado tratando de encontrar obstáculos que interponer entre él y las Addison. No es que las chicas tuvieran algo malo, sin contar el hecho de que las conocía desde que llevaban pañales. Cualquiera hombre estaría casado con una de ellas, pero no él. Para empezar, ni siquiera podía distinguirlas. ¿Confundir a su mujer con su hermana? Eso sería demasiado extraño. Y además, eran demasiado flacuchas.

Se asomó desde detrás del pilar. Gracias a Dios no le habían visto. Vio cómo sus delgaduchos cuerpos se alejaban. No era una vista inspiradora.

¿Es que todas las mujeres de hoy en día eran bajitas y delgadas? ¡Seguro que no! Debía haber alguna hembra que pudiera emparejarse con un hombre de su tamaño. Él estaba construido con una escala diferente a la habitual. Igual que el abuelo... y el abuelo había encontrado a la abuela.

Ah. Cerró los ojos. Aún se sentía melancólico al pensar en ellos, pero al menos ahora era un dolor amortiguado y no el dolor insoportable y casi físico que sentía antes. Es cierto

SALLY MACKENZIE

que sus abuelos ya tenían setenta años, pero estaban sanos, vigorosos y más vivos que mucha gente con la mitad de su edad. O al menos hasta que su maldito carruaje se estrelló contra el gran roble que había al final de la colina, entre Clifton Hall, la propiedad de Alex, y Riverview.

Deberían haber pasado la noche con Alex. Él había insistido para que se quedasen. Estaba oscuro y llovía. Pero el abuelo era terco como una mula —la abuela también—, y a ambos les gustaba dormir en su propia cama.

Y ahora ambos estaban muertos.

La vida era frágil. Un regalo que podían quitarle a uno en cualquier momento. Debía casarse —y acostarse con alguien— pronto. No dejaría que su título muriese con él.

Pero no quería casarse con una de esas chicas palo. No. Él quería una mujer con carne en los huesos. Quería una mujer con unos buenos pechos, con caderas... una mujer que fuese dulce, cálida. No, no cálida, ardiente. Una mujer con un cuerpo capaz de hacerle olvidar a un hombre hasta su propio nombre.

Una mujer justo como la que acababa de entrar en el salón de baile.

¡Demonios! Se irguió y cerró la boca. No quería que le viese boquiabierto si es que miraba en su dirección.

Era preciosa. Alta, mucho más alta que la mujer mayor que iba junto a ella, y tenía unas curvas gloriosas, maravillosas y lascivas. Desgraciadamente su escote era demasiado alto y cubría gran parte de su preciosa piel de porcelana. Le encantaría tocar esa piel con sus dedos, con sus labios y con su lengua. Mmm.

¿Y su cabello? También era encantador. Estaba recogido en lo alto de su cabeza, pero llevaba algunos mechones sueltos que enmarcaban su cara. Sus dedos temblaban ante la sola idea de acariciar esa melena cobriza y sedosa y liberarla para que cayese sobre sus hombros. Sobre sus hombros desnudos.

Sus pechos desnudos.

EL BARÓN DESNUDO

¿Serían tan grandes como parecían?

Ella dio un paso y se giró para hablar con su acompañante. Durante un instante, la falda de su vestido se estiró y marcó la silueta de sus caderas y sus largas, largas piernas.

Demonios, casi estaba jadeando.

¿Quién era ella? Quizás Alex lo supiese.

—Alex.

—¿Qué sucede? —dijo Alex mirando por encima de su hombro—. ¿Aún te estás escondiendo?

—No. Las Addison están en la otra parte de la sala. Pero acércate, por favor. Tengo una pregunta para ti.

—Muy bien —dijo Alex rodeando las palmeras—. Siempre estoy encantado de estar a tu servicio.

David hizo un gesto hacia la entrada del salón de baile.

—¿Quién es esa mujer?

—¿Qué mujer? Estoy seguro de que no estás interesado en ninguna de esas ancianitas que están bajando las escaleras.

—Por supuesto que no, cabeza de chorlito. Te estoy preguntando por la joven alta y hermosa.

—Oh. —Alex levantó la mirada—. ¿Cómo habría de saberlo? Debía de estar en pañales (y eso si ya había nacido) la última vez que estuve en Londres.

—¿Así que no tienes ni idea de quién es? —Maldita sea. David se sentía decepcionado.

—No. —Alex enarcó una ceja—. ¿Y por qué estás tan ansioso por identificar a la chica? ¿Acaso te ha robado algo y necesitas alertar a la patrulla?

«Sí. Mi corazón».

Dios. No había dicho eso en voz alta, ¿verdad? No, Alex aún le miraba con expresión divertida. Si lo hubiera dicho, el hombre estaría boquiabierto.

Y además, en todo caso, no era cierto. Bueno, puede que uno de sus órganos estuviese comprometido —y deseara estar mucho más íntimamente comprometido—, pero su corazón no lo estaba.

SALLY MACKENZIE

—Por supuesto que no. Es que he decidido que... —David se aclaró la garganta—, que creo que esta dama sería una excelente baronesa.

—¿Qué? —Ahora Alex sí se quedó boquiabierto y le salpicó sin querer con el champán—. ¿Estás loco?

—No. —Puede que no supiera el nombre de la mujer, pero sabía que la quería. Era la primera mujer que había provocado en él... bueno, la única que le había interesado. De hecho, su interés era tan grande que amenazaba con dejarle en ridículo.

A ella no la aplastaría en la cama. Puede que tuviera que ser suave con ella, pero su cuerpo encajaría con el suyo a la perfección. Dio otro sorbo de champán pero prácticamente ni lo saboreó. Por desgracia, su cuerpo estaba demasiado ansioso por saber cuán bien encajarían. Debía encontrar la forma de controlarse antes de conocerla. Puede que ella se asustara si él se abalanzaba sobre ella cual chiquillo lujurioso.

Su compañera dio un paso al frente y ahora podía verla mejor. David la señaló a ella.

—Puede que conozcas a la mujer entonces. Debe ser la madre de la joven.

—No sé por qué piensas que yo... —Alex levantó la mirada hacia la señora y se puso tenso—. No. —Parecía muy nervioso—. Yo no... ella es bastante... parece... —Hizo un ruido extraño.

—¿Qué sucede? —Alex estaba actuando de manera muy extraña. David estudió a la mujer mayor. No estaba haciendo nada inusual, simplemente estaba echando un vistazo a la sala de baile. Su mirada se posó en Alex... se quedó boquiabierto, abrió los ojos y se quedó pálida. Agarró a su hija del brazo.

Su hija. Ahora le estaba mirando y, de un modo muy atractivo, se había puesto colorada. ¿Ese calor también le recorría el cuerpo? Deseaba fervorosamente verlo...

Casi podía sentir sus ojos sobre sus hombros, su cara. Se humedeció los labios con la lengua.

Había visto a muchas mujeres mirarle antes. La chica le deseaba. Puede que aún no lo supiera... era demasiado inocente para reconocer lo que sentía, pero él se sentiría más que feliz —casi podría decir que se sentiría encantado— de explicárselo. Con todo lujo de detalles. Con encantadores detalles, calientes, húmedos y lentos.

—Demonios —murmuró Alex. No podía ser. Alex cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Era ella. Maldita sea. Era Kate.

Después de todos aquellos años estaba en la misma sala que lady Kate Belmont, aunque ahora ella era la condesa de Oxbury.

Pero Oxbury estaba muerto, había fallecido hacía un año. Había muerto más o menos por las mismas fechas que mamá y papá.

Kate había cerrado la boca, se había dado la vuelta y agarraba de la mano a... ¿su hija?

No. Aquella no era su hija. No podía ser. Se había mantenido informado. Ella y Oxbury no habían tenido hijos. No habían tenido hijos —por lo que el título había pasado al sobrino de Oxbury—, pero tampoco habían tenido hijas.

Le avergonzaba admitirlo, pero siempre le había reconfortado el pensar que Kate no había tenido hijos con Oxbury. ¿Acaso pensaba que la relación con su marido había sido platónica? No era probable, puesto que Oxbury había sido treinta años mayor que ella.

La observó alejarse con la chica. Estaba muy pálida.

David le agarró del brazo de nuevo.

—Sí las conoces. ¿Podrás presentármela?

—No. —Kate no quería tener nada que ver con él o con David, no quería tener nada que ver con ningún Wilton. El hermano de Kate, el conde de Standen, había tenido una hija...

SALLY MACKENZIE

Eso era aún peor.

David le miraba con el ceño fruncido. Alex respiró hondo.

—La señora es la viuda del conde de Oxbury.

—¿Y la joven? Se ve que van juntas. Deben de ser familia... la diferencia de edad entre ellas es demasiado grande para que sean simplemente amigas. Aunque si la matrona es la condesa de Oxbury...

—Es la condesa de Oxbury. La chica debe de ser su sobrina, la hija de conde de Standen.

«Del maldito bastardo».

—¿Entonces puedes presentármela?

—No. —¿Acercarse a Kate? Probablemente le escupiría.

—¿Por qué no? Obviamente conoces a lady Oxbury.

—Conocía a lady Oxbury, dudo que ahora me reconociera.

—Oh, yo diría que definitivamente te ha reconocido, tío Alex.

¿Por qué demonios le sonreía David?

—No me refería sólo a eso. Me cortaría directamente si tratase siquiera de hablar con ella.

—No lo creo. Anda, preséntamela —dijo David—. Puede que yo no tenga un condado, pero mi título de barón es respetable y antiguo. Yo...

—No me has estado escuchando. Haz que desaparezca la lujuria de tu mente. Esto no tiene nada que ver contigo. ¿Acaso no has escuchado el nombre del padre de la joven? Es la hija del conde de Standen.

—¿Y? Yo puedo... oh... —La expresión de desolación en la cara de David hubiese resultado cómica en otras circunstancias.

—Exacto. Standen. El hombre a quien tu madre, lady Harriet, abandonó para fugarse con tu padre. Te aseguro que el conde de Standen odia a todos los Wilton. Él nunca, nunca te tendrá siquiera en consideración.

David estudió el tono de voz estridente que había usado Alex, su cara sonrojada y su boca seria.

La hija del conde de Standen... maldita sea. Eso sí era un problema, pero seguramente tendría alguna solución. Nunca había conocido a Standen, pero el hombre no podía ser un completo idiota. Ya debía de haber olvidado todos aquellos sucesos; después de todo, se había casado y había tenido una hija.

—Estoy seguro de que Standen ya ha superado la decepción —dijo David.

Alex bufó.

—El conde no ha superado nada.

—Pero ese escándalo fue hace más de treinta años. Por lo que la abuela contaba, el conde debería arrodillarse todas las noches y dar gracias a Dios por no haberse casado con mamá. Era demasiado joven y rebelde como para convenirle.

Alex se encogió de hombros.

—Te aseguro que el conde no tiene un buen concepto en lo que respecta a nuestra familia. Arrastraría a su hermana desnuda por St. James Street antes de consentir que una Belmont se casase con un Wilton.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso fue lo que me dijo a mí —dijo Alex con la voz más agria que David había escuchado nunca—, hace veinte años, cuando le pedí matrimonio a su hermana.